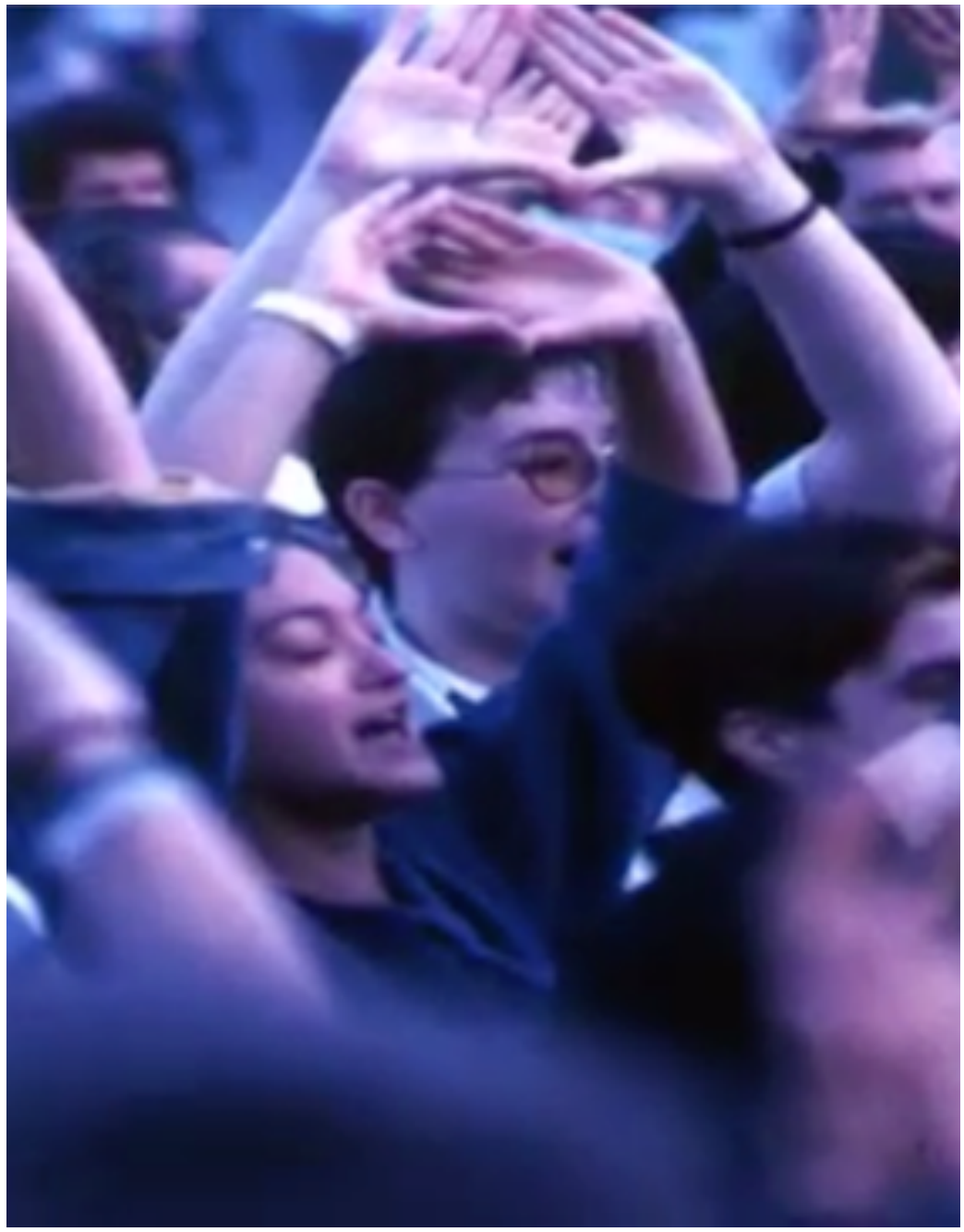
MIRADAS ATREVIDAS

Historias de vida amor Lésbico y Gay durante el Franquismo y la Transición en Euskal Herria

nuevos testimonios.2



Cuando en su día presentamos MIRADAS ATREVIDAS, el proyecto de recopilación y análisis de la Memoria Histórica de los hombres y mujeres homosexuales durante el Franquismo y la Transición en Euskal Herria, nos lamentamos de la escasa presencia de mujeres entre quienes nos dieron su testimonio. También dijimos en aquel entonces que ese vacío era fruto de la invisibilidad que las mujeres lesbianas han sufrido, y siguen sufriendo, en nuestra sociedad.

Es por eso que hoy nos alegra presentar el testimonio de un grupo de mujeres que nos hablan de la negación que como colectivo social sufrieron, pero también y sobre todo, de su lucha por la emancipación de las mujeres en general y de las mujeres lesbianas en particular.

Julio de 2016

Autoría: **Inmaculada (Lala) Mujika**
José Ignacio Sánchez
Iñigo Bilbao
Amparo Villar

Edita: **ALDARTE Centro de Atención a lesbianas, gays y trans**

Colabora: **Eusko Jaurlaritza-Gobierno Vasco**

Se permite copiar, distribuir, y comunicar públicamente esta obra con libertad, siempre y cuando se reconozca la autoría y no se use para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

INDICE

Testimonios.2	**4**
Asun Urbieta	5
Nati Rufo	15
Seti y Yolanda	24
Marta Brancas	33
Lala Mujika	42

TESTIMONIOS.2

ASUN URBIETA

- **Cuando empezamos con esta lucha queríamos transformar la sociedad, no vivir como las mujeres heterosexuales**

Soy Asun Urbieta, nací en Renteria el año 1958 y, en estos momentos, tengo 56 años. Soy hija de una familia normal, ni siquiera de clase media. Casi toda mi vida he vivido en el pueblo y todavía hoy sigo viviendo allí.

De los años del Franquismo lo que más recuerdo es el miedo que pasábamos. Andábamos de manifestación en manifestación permanente y con la *poli* todo el día pegada a los talones. Desde los 14 años milité en una organización juvenil. En aquella época todos los jóvenes *decentes* de Renteria militaban en alguna organización juvenil, o en alguna estructura de carácter clandestino por lo que vivíamos con esa sensación de miedo permanente. Pero también con una sensación de que había mucho qué hacer y teníamos todo por ganar. Como nada teníamos, sabíamos que lo podíamos ganar todo. De los años de Franco me acuerdo sobre todo de eso, de que pasábamos todo el día confabulando y conspirando. Cuando Franco murió yo tenía 16 años.

Yo desde muy pequeña me fijé en las chicas. Estudié en un colegio de monjas y cada inicio de curso, cada vez que entraba en una clase nueva siempre había alguna chica que despertaba en mí gran interés. Para mí cambiar de clase cada año era toda una experiencia. Es verdad que en ese momento, con 4 o 5 años, no podía identificar ese interés con nada. Sólo eran amigas, muy buenas amigas con las que me gustaba mucho estar.

Todas hablaban de chicos, menos yo

Fue en plena adolescencia cuando me empecé a dar cuenta de que todas mis compañeras hablaban de chicos, todas menos yo. A mi los chicos no me interesaban nada. Recuerdo que yo pensaba que eso que yo sentía cambiaría con el tiempo. Estaba convencida que cuando fuera mayor me volvería como las otras chicas. Yo en ese momento no tenía porqué pensar que fuera especial, ni diferente. Me empecé a dar cuenta de eso cuando vi que todas mis compañeras seguían todo el rato hablando de chicos hasta aburrir y a mí me seguían gustando las chicas. Fue entonces cuando también me di cuenta de que aquellos sentimientos los tenía que callar. Con 14 años

que tenía yo entonces, ¿qué iba a contar!? Nada. Las amigas eran amigas, y nada más.

El amor, como otras muchas cosas, lo fuimos aprendiendo a través de las películas. Cuando yo veía historias de amor ya tenía la sensación que eso que estaba viendo en la pantalla era lo que a mí me pasaba con aquellas chicas que eran mis amigas del alma. Pero reconozco que con esa edad no perdía la esperanza de terminar siendo como las otras chicas. Hubo incluso una temporada larga en la que llegué a pensar que igual yo era un chico, que yo era una cosa rara, ¿una enferma? Pero cuando me bajó la regla igual que a mi hermana mayor, ahí ya me quedó claro que yo era mujer. Me decía:

- Ya con la regla está claro que yo soy mujer.

Pero sí, hubo un tiempo en el que llegué a pensar que podía ser un chico. Y es que en aquellos tiempos no se oía nada sobre lesbianismo. Nada de nada. Sólo se hablaba de hombres mariquitas o de algún actor que parecía raro, pero de ahí hacia fuera, nada.

Me descubrí con el feminismo

Yo me descubrí con el feminismo. Cuando me empecé a hacer mayor y me di cuenta de que yo no tenía remedio, empecé a ponerle nombre a lo que yo sentía y hacía planes de futuro. Para mí la vida era una carrera contra el tiempo: Mientras todavía era joven, no se me notaba mucho y no pasaba nada. El problema vendría después, cuando me llegara la hora de pasar por el altar, porque para todo el mundo estaba claro que las chicas, todas, nos teníamos que casar. Yo que ya tenía 20 o 22 años, tenía muy claro que no me pensaba casar y que quería hacer mi propia vida. Y empecé a pensar que todos esos planes no podría llevarlos a cabo en Renteria y que tendría que irme a Barcelona o a Madrid. Es decir, a un sitio grande, donde nadie me conociera y donde hubiera mucho de todo para que hubiera algo también de lo mío. Era eso o casarme y disimular como suponía que otras lo hacían, o pegarme un tiro. No había otra.

Siempre decimos que aquellos fueron años muy duros, por oscuros, y sin embargo también tenían su lado positivo porque la culpa de todo la tenía Franco, la tenía la opresión y la tenían los curas. Es decir, lo que a mí me pasa también tenía que ver con Franco. Es cuando aparece el movimiento feminista que se empiezan a intuir

más cosas: la opresión de las mujeres o la negación de nuestra sexualidad, entre otras. En un primer momento no aparecía la palabra lesbiana. Estoy hablando cuando yo tenía 18 años y desde donde yo estaba.

Al feminismo llegué de la mano de la militancia política. Ya con 18 años me hice mayor –no como ahora que son mayores con 35–, e ingresé al partido. Y en ese partido si eras mujer, tenías que ser feminista, sí o sí. A mí me vino muy bien. También en ese momento tuvo lugar un congreso, que ahora no recuerdo bien si era de EHGAM (Movimiento de Liberación Gay de Euskal Herria) o de los grupos de todo el Estado, integrados en la COFLHEE (Coordinadora de Frentes de Liberación Homosexual del Estado Español). Los grupos tuvieron una presentación en una escuela y allá me fui sola, sin decirle nada a nadie. Fue en esa reunión donde empecé a oír cosas que yo quería oír: Que no estábamos enfermas, sino que éramos un producto del patriarcado. Todavía no se hablaba de homofobia o lesbofobia, pero el concepto estaba ahí. Ahí es donde yo me empodero, una palabra que hoy está tan de moda, y ya puedo decir quién y qué soy. No soy una enferma mental, ni una *locati-whisky*. Era una mujer, una mujer lesbiana. Ahí yo me libero y empiezo a tener otros referentes.

Lo primero que hice fue hablar con las chicas de la cuadrilla. Y fue toda una decepción. Me dijeron que como siempre yo tenía que ser tan original, también en mi sexualidad tenía que ser original. No me creían que era lesbiana. Pensaban que era una pose de *enfant terrible*. Eso me sentó fatal. Pensé que iba a tener una mejor acogida, pero no. No me despreciaron ni nada, pero sencillamente no me creyeron. Pensaban que era una *pajarada* más de las mías.

Con la familia hablé mucho más tarde. Pasaron muchos años antes que yo le comentara a mi madre que *entendía*. Se lo comenté porque a la semana siguiente iba a salir en televisión y no quería que la pobre se llevara un disgusto. No quería que me viera en la tele sin saber nada. Había pasado mucho tiempo, 3 o 4 años, desde aquel congreso de EHGAM, en el que yo tendría unos 19 años. Ya para entonces militaba en la Asamblea de Mujeres de Renteria y en el grupo, que seríamos unas 20 mujeres, *entendíamos* todas. En mi cuadrilla todavía no *entendía* ninguna, aunque con el tiempo la mitad llegó a *entender*.

Empecé a conocer mujeres, ligando

La verdad es que yo empecé a conocer a otras mujeres lesbianas cuando empecé a ligar. Ligando conocí mujeres que me hablaban de otras que eran como nosotras. No

ligábamos en bares, porque en aquellos años todos los bares o eran *heteros* o eran de chicos gays. Yo lo que hacía era fijarme en las chicas de las cuadrillas del pueblo. Tenía un sexto sentido para identificar a quienes *entendían* o quienes ya eran pareja entre sí. Con las mujeres de la Asamblea ocurría algo parecido, ya que todas ellas conocían a más mujeres lesbianas de fuera de nuestro círculo. Al principio sólo nos movíamos por el pueblo, por Renteria. A Donostia, a los bares de ambiente, empezamos a ir años después. Al principio a los bares de chicos porque en alguno siempre podías encontrar mujeres.

En Renteria no sabría explicar cuál era el nivel de aceptación que teníamos, porque al ser nosotras de la Asamblea de mujeres y al estar metidas en todas las salsas que había en el pueblo, era difícil que la gente nos ubicara fuera de ese marco de lucha. Renteria era un pueblo con mucha gente zurda, gente que estaba todo el día de *manis*, de *borrokas*, y en ese contexto nosotras éramos un grupo más. Esa gente sabía que éramos lesbianas. Había quienes lo aceptaban y quienes no, pero siempre dentro de ese contexto tan condicionado por la lucha política.

De aquellos años también recuerdo que no había viernes ni sábados que no saliéramos a ostias de algún sitio. Siempre íbamos en grupo, como unas diez mujeres, y siempre había algún *borono* que nos decía:

- Pero, ¿a dónde vais tan solas?

O te pellizcaba el culo, o te metía mano. Siempre acabábamos a ostias. A mí me han cascado mogollón de veces en peleas de ese pelo. Siempre me daban a mí porque era la más pequeña. Pero también nos defendíamos, porque el hecho de ir en grupo nos daba fuerza. Aquellas agresiones no se daban porque fuéramos lesbianas. A veces sí, pero la mayoría de las veces era porque éramos mujeres. Estoy segura que si el pesado que nos entraba queriendo ligar con nosotras supiera que éramos lesbianas, igual ni lo intentaba. Se metían con nosotras porque éramos mujeres e íbamos sin ningún hombre. Al principio sí nos cabreábamos, y mucho. Con el tiempo nos dimos cuenta que con todo aquello las únicas que nos amargábamos éramos nosotras. El tío había cumplido su misión de macho y se quedaba tan ancho. Llegó un momento en que aprendimos a hacer oídos sordos a tanta tontería. No digo que aceptáramos ningún abuso contra nosotras, pero sí evitar que nos amargaran la noche.

Lo cierto es que en ese grupo era un grupo de amigas, en el que todas éramos lesbianas, yo no ligaba. Ligaba donde podía, como todas. También es verdad que como el movimiento feminista estaba muy vivo en ese momento, había mil coordinadoras y re-

uniones de diferentes grupos y en esos espacios sí se podía ligar. Hubo un tiempo en que a mí me pasó una cosa muy curiosa. Ocurría que yo era de las pocas que se atrevía a dar la cara y por tanto era de las pocas conocidas. Es decir, o ligaban conmigo o no ligaban con ninguna. Y ahí tuve mi momento de gloria, porque a muchas mujeres no les quedaba otro remedio. Había más lesbianas conocidas, por supuesto, pero eran pareja muy pareja y con aquellas no se podía contar. Afortunadamente la cosa se fue normalizando y las mujeres cada vez se atrevían más. A muchas jóvenes de hoy les extrañará oír cuando el movimiento feminista empezó a trabajar, las mujeres y, sobre todo, las mujeres lesbianas, teníamos el miedo interiorizado. Afortunadamente ese miedo fue perdiendo fuerza y en la medida que nos fuimos haciendo mayores y nos fuimos empoderando, tuvimos un discurso para defendernos.

Los espacios mixtos no era para nosotras

Las mujeres lesbianas que estábamos en el movimiento feminista llevábamos un tiempo pensando que teníamos que crear nuestro propio grupo dentro del movimiento. Algunas habíamos intentado trabajar en espacios mixtos, con hombres gays, pero aquello no era para nosotras y no lo queríamos. Nos llevábamos bien con los hombres de EHGAM, pero de ahí a trabajar con ellos, no. El único espacio mixto que compartí fue el partido y ya tenía bastante con eso. El problema con los hombres de EHGAM era que cuando hacíamos una cena, una manifestación o cualquier otra cosa, notábamos que todo giraba en torno a los hombres, sólo los hombres. Siempre se habla mucho de gays y poco de lesbianas. Y como también éramos feministas, decidimos que teníamos que tener nuestro grupo. De hecho en Madrid ya estaba funcionando y decidimos crear un colectivo de lesbianas que sería provincial de manera que arrastráramos con nosotras a las mujeres de las Asambleas de Hernani, Renteria o Donostia, que ya conocíamos. No sólo vinieron mujeres del movimiento feminista, también se nos unieron mujeres que sin estar previamente organizadas sí querían formar parte de un colectivo de lesbianas. Nuestra clientela era doble: Por un lado aquellas que venían del feminismo y, por otro, las lesbianas que sin ser feministas si estaban dispuestas a formar parte del colectivo, aunque fuera sólo por ligar, por conocer a otras mujeres o por relajarse un poco, que la soledad siempre ha sido muy dura.

En el Colectivo hacíamos lo que podíamos. Creo que hacíamos mucho feminismo, porque era lo que sabíamos hacer. Nos pasaba que siempre andábamos vendiendo pegatinas, chapas o revistas para sacar dinero, de modo que cada vez que íbamos al

Alboka, el único bar de ambiente para mujeres que durante mucho tiempo hubo en Donostia, generábamos gran expectación:

- ¡Que vienen las feministas!

Lo que sí puedo decir es que nunca se quejaron de nuestras fiestas. Las solíamos hacer en el local de la Asamblea de Mujeres y ahí se juntaban todas las lesbianas de Gipuzkoa. Y si era *28J*, como el local era un poco *cutre-sex* nos estirábamos y si podíamos hacíamos la mega-fiesta en el *Tenis*.

Viendo las cosas ahora, con perspectiva, creo que hicimos mucho feminismo, pero poco lesbianismo. Soy consciente de que en general, a las lesbianas les caíamos bien, pero porque éramos majas, no porque fuéramos feministas. Me temo que las llegamos a abrumar con el tema. Es mi opinión ahora. En aquel entonces teníamos tan claro que estaba todo tan por hacer que nos parecía que, sí o sí, había que espabilar.

La visibilidad, nuestro gran problema

Gran parte del trabajo del Colectivo de Lesbianas tenía que ver con nuestra propia visibilidad, porque ese era el gran problema: Si había que hacer un congreso, que no viniera la prensa; y si venía, que nos tomara la foto estando de espaldas; si había que dar una rueda de prensa, ¿quién la daba? Nadie quería dar la cara. Cualquier cosa que quisiéramos hacer pasaba primero por visibilizarnos, y eso tenía un costo. Las mujeres no se atrevían así como así. Había mucho miedo.

Costó más de lo que yo esperaba superar ese miedo. Es más, no lo hemos superado del todo. Pese a que la Ley de Matrimonio se aprobó en el año 2005 la mayoría de las lesbianas siguen en el armario. Diez años después ni la Ley, ni los casorios, nada ha servido. Hay mujeres que todavía siguen en el armario. Muchas mujeres no hacen uso de ese derecho por no visibilizarse o te dicen:

- ¿A quién le importa lo que yo haga o deje de hacer?

El Colectivo no era sólo un espacio de reflexión y de lucha, también era un lugar para ligar, y lo hacíamos como podíamos. Es cierto que el movimiento ofrecía un ambiente más favorable, porque fuera de ahí todo era riesgo. En el Colectivo entrabas sobre seguro y no había peligro ni de un mal rechazo y mucho menos de una agresión. En Renteria, por ejemplo, logramos ampliar ese círculo gracias a que teníamos una sociedad gastronómica y a que organizábamos competiciones de fútbol. No sé ahora,

pero antes muchas mujeres que entendían jugaban a fútbol. Era organizar un partido de fútbol y, ¡madre de Díos, qué era aquello!

Y aunque ciertamente había mucho miedo, también he de reconocer que nos lo pasábamos muy bien. ¡Si hasta Berlín nos fuimos a jugar a fútbol! Siempre he sido de la opinión de que estas cosas, como no las llevemos con alegría, ¡qué revolución más triste! Afortunadamente teníamos buen humor. Y como Renteria era un pueblo muy movido, había mucho de todo. Nos movíamos muchísimo, siempre de un lado a otro. ¿Que había fiestas en Bidebieta? A Bidebieta nos íbamos con las mujeres del pueblo de *gau-pasa*. Éramos jóvenes. Y a cuenta de las Coordinadoras íbamos a todas partes: Gasteiz, Barcelona, Madrid… Ahora me canso sólo de pensarlo. ¿Cómo podíamos estar todo el día en el *candelabro*?

El Colectivo de Lesbianas era un grupo muy vivo. Recuerdo bien la pelea que teníamos con el grupo de Bizkaia por ver quién sacaba la mejor portada de la revista *Sorgiña*. Ganó Gipuzkoa. A raiz de una grave sequía que sufrimos durante varios meses, en Bizkaia empezaron a tener cortes de agua. En ese contexto cuatro chicas del Colectivo nos metimos en la bañera e hicimos la portada: *Ahorra agua y báñate con tus amigas*. Además se nos veía la cara a las cuatro y esa era la gracia en aquel entonces. En Bilbao tuvieron que reconocer nuestra victoria.

La visibilidad era un gran problema para nosotras. En Gipuzkoa había un grupo, entre las que me encontraba, que no teníamos problema en dar la cara, pero no era algo habitual. De hecho cuando salimos en los medios, salimos primero Pilón en Euskara, y a los dos días salí yo en ETB, en castellano. Fue en el programa de Urrusolo. Aquello fue un horror. Nos pusieron a cuatro locos enfrente con quienes no había forma de discutir. El problema lo generó el propio programa. Si de verdad querían saber cómo vivíamos las lesbianas, nos hubieran llevado a cinco o seis y cada una podía haber contado cómo lo vivía. Pero en lugar de eso nos pusieron frente a un grupo de locos que pensaban que nos teníamos que morir porque éramos anormales. ¿De qué íbamos a hablar con esa gente? Si fuimos al programa era por promover nuestra propia visibilidad. Ese programa se veía mucho y pensamos que teníamos que estar ahí. De hecho todavía hay gente que me recuerda de aquel programa de ETB y es que aquello fue muy fuerte.

Otro problema que teníamos con los medios era que siempre querían que habláramos a nivel personal. Llamaban al Colectivo y nos pedían que les encontráramos dos lesbianas, una que hubiera estado casada, tuviera tres hijos y que estando ya divorciada del marido tuviera novia:

- Que vengan ella y la novia, con los tres niños.

Nosotras no podíamos admitir eso. En tanto que Colectivo de Lesbianas no queríamos hablar ni de nuestras parejas, ni de nuestro amor. Queríamos hablar de feminismo, de patriarcado y de la norma heterosexista. Los medios sólo querían amarillismo, puro *pantojismo*. Nos negábamos rotundamente:

- Yo soy una mujer política y vengo a hablar de política.

Hoy sigo activa en el movimiento feminista. Viendo las cosas en perspectiva, he de reconocer que ha habido muchos cambios, y casi todos a mejor. Sólo por el hecho de que legalmente ya no seamos anormales, ya es mucho. Ahora estamos protegidas ante cualquiera que pretenda meterse con nosotras. Diría que legalmente ya somos iguales, aunque luego, en lo concreto, ya sabemos que todavía faltan muchas cosas. Pero sí, a las chicas de hoy las veo más sueltas, más libres. Entiendo que puede haber un problema de actitud por parte de nosotras, las mujeres más mayores. Como que la realidad nos acobarda. Conocemos a un montón de hombres gays con responsabilidades públicas. Pero, ¿mujeres? Políticas que entiendan abiertamente, ¿cuántas?

Despistada con el debate político

Lo que me tiene despistada es el debate político. Sigo más o menos el debate y sigo en activo, y por eso puedo decir que el tema *queer* me sobrepone. Que las *trans* vengan a nuestras jornadas siendo chicos, pero que son chicas, a mí me chirría. Sobre todo porque se meten con la identidad, con el sujeto feminista. ¿Si ya no hay sujeto feminista, qué hacemos las feministas? Ahí me hago un lío, yo con mi cabeza.

Y aunque reconozco que hoy hay más referentes, he de confesar que hay cosas que no sé cómo asumir. Cuando nosotras empezamos con esta lucha lo que queríamos era transformar la sociedad, no queríamos vivir como las mujeres heterosexuales. Otra cosa es alcanzar el derecho al matrimonio o a la maternidad, si de verdad eso es lo que se quiere. Pero nosotras no queríamos eso. Nosotras luchamos para transformar las cosas, no para meternos en ese merengue. Cada vez que una mujer lesbiana me dice que está embarazada, le digo:

- ¡Tú estás loca! ¡Estás zumbada del todo!

Seguramente todo el mundo le dará la enhorabuena. Yo no. A mí no me parece bien. Y claro, me miran mal. Pero me parece que ahí nos falta dar un par de vueltas a la

tuerca. Nos hemos echado en brazos de la monogamia, del matrimonio y de la familia. Eso ni lo pedíamos ni lo buscábamos. Tanto casorio y tanto hijo me ponen mala. No me gusta.

Donostia, octubre de 2015

NATI RUFO

- **A pesar de que en los grupos de mujeres prácticamente todas éramos lesbianas, nunca se hablaba de lesbianismo**

Me llamo Nati Rufo. Aunque la Iglesia me puso María Natividad Rufo, ese no es mi nombre. Nací en el año 1953. Me gustaría decir que tan feliz acontecimiento tuvo lugar en Renteria pero, en aquellos años en el pueblo no había maternidad y me trajeron a Donostia a nacer. Pero digo con orgullo que soy de Renteria y que he vivido en el pueblo casi toda mi vida. Y digo casi porque hubo un periodo de ocho años que me fugué a Lezo, a vivir con una novia. Pero cuando aquello acabó, regresé a donde está todo mi entorno y vive toda mi familia. Del Franquismo sólo recuerdo que yo me sentía joven. Muy joven pero también muy ignorante en todo aquello que tuviera que ver con la lucha antifranquista. A los 16 años dejé los estudios y empecé a trabajar en una fábrica. Fue ahí donde tuve mi primer contacto con la lucha política y empecé a conocer a *los verdes* (la Guardia Civil). Hasta entonces, en el barrio, yo me sentía niña, me sentía una chavala que no quería crecer. No quería tener tetas, yo sólo quería jugar. Hasta los 15 años que me bajó la regla yo vivía en mi mundo infantil. Cuando empecé a trabajar aquello fue otra cosa, empecé a ver qué ocurría a mi alrededor.

En la fábrica me gustaba mucho trabajar. Siempre me ha gustado. Al principio, cuando todavía no me había implicado en ninguna lucha veía las carreras de la gente que sí participaba de la protesta e iba a las manifestaciones y huía de la Policía. Era impresionante ver a la gente corriendo y a los jeeps de la Policía corriendo de un lado para otro. El pánico franquista se palpaba en las calles persiguiendo con dureza toda la rebeldía y todo el *rojerío* que había en nuestro pueblo. Para entonces yo ya sabía que la homosexualidad y, por tanto, el lesbianismo, estaban perseguidos por la ley. Y también por la sociedad. Pero como yo no era lesbiana, a mí no me incumbía. Había una ley, la Ley de Vagos y Maleantes que perseguía la homosexualidad, pero era una más entre tanta ley represiva de aquella época. Como ya he dicho, en aquel entonces yo no había despertado y por tanto, no me preocupaba demasiado.

Yo también tuve novio y me casé

Como era costumbre entonces, yo también tuve novio y me casé con 16 años, en 1972. Entre noviazgo y matrimonio, duramos como cinco años, aunque sólo año y me-

dio de casados. Él era de Valladolid, yo de Renteria y aunque no nos entendíamos mucho tampoco sabíamos si eso era el matrimonio, o si tenía que ser así. Tú te echabas novio y nadie te explicaba cómo tenía que ser la relación. La vida era la escuela que nos iba enseñando y el matrimonio fue una enseñanza más.

Al año de casarme cambié de fábrica. Me fui a una empresa que tenía más prestigio y mejor salario. Fue ahí donde me enamoré de una compañera de trabajo. Yo no sabía qué me pasaba; sólo sabía que sentía cosas. En ese sentir mariposas en el estómago, me di cuenta que mis sentimientos por aquella mujer eran similares, sino más fuertes que los que sentía por mi marido. Así empezó, sin buscar ni pretender nada, mi vida lésbica. He de confesar que yo tenía mis prejuicios católicos, que los tenía muy metidos porque yo era católica practicante. Bastante practicante, además. Cada semana iba con mi marido a unas charlas que nos daba Don Jesús en la parroquia del barrio. Nos solíamos juntar cuatro matrimonios con el cura para hablar de cosas de la vida, de cómo vivir el matrimonio dentro de la Iglesia. El cura insistía tanto en que nos teníamos que *amar los unos a los otros* que terminé aplicándome el cuento y me dije:

- ¡Y las unas a las otras, también!

Llegué a la conclusión que mis sentimientos por aquella mujer no eran un error, que de algún modo estaban legitimados por la propia Iglesia. Yo quería a mi novia, aunque con mis propias limitaciones. Ella quería más y yo no podía darle porque, claro, yo tenía a mi marido. En casa la relación fue de mal en peor: el fútbol, la tele… cualquier excusa era buena para irme con Asun, mi novia. Éramos amigas, pero muy amigas. Demasiado amigas para estar todo el rato con Asun. Y aquello derivó en ruptura.

Mi marido lo pasó muy mal. Toda su familia vivía en Valladolid y yo era su única familia en Renteria. Me partía el alma cuando llegaba a casa y me lo encontraba hundido en el sofá y en su propia tristura. Yo mientras tanto aunque no tenía tanta tristura me debatía conmigo misma. Yo no quería hacer daño a nadie, pero quería que los demás aceptaran mis sentimientos. Cuando hablé con mi madre de lo que me estaba pasando, me dijo:

- ¿No te da pena el pobre chico?
- Ama, yo ya no le puedo ofrecer nada. –le respondí.

Al final me tuve que poner sería con mi propia madre:

- *Él es tu yerno y yo tu hija. Yo también lo estoy pasando mal, porque tampoco lo quiero ver así. Y aunque no vengo aquí a llorar, también estoy sufriendo.*

No tuve más remedio que ponerme firme ante mi familia:

- *Hasta ahora he venido con marido, ahora vendré con mi compañera. Si no lo aceptáis, no vengo y no pasa nada.*

Ahí se acabó todo. Mi madre lo aceptó sin mayor problema. También hable con dos hermanos que quisieron saber porqué había dejado a mi marido. Fui muy clara con ellos: *Porque quiero a una mujer y antes de hacerle más daño, mejor le dejo*. Ahí cerré página. A partir de ese día en Navidades y demás reuniones familiares, yo iba con mi novia de turno y ninguna jamás fue rechazada.

Estábamos convencidas de ser únicas

A partir de ese momento, yo me liberé. Íbamos por la calle de la mano, le regalaba flores, dábamos largos paseos en bicicleta… Estaba convencida de que éramos ella y yo solas en el mundo; que a nadie más le había pasado algo parecido. En aquel tiempo no conocíamos ninguna lesbiana en Renteria. Mucho después supe que durante mucho tiempo habíamos sido la comidilla del pueblo.

Un día hablando con alguien, no recuerdo bien con quién, comenté que nosotras queríamos conocer a otras mujeres que estuvieran en nuestra misma situación. Así entre en contacto con la Asamblea de Mujeres de Donostia, donde conocimos a mujeres que nos presentaron a otras mujeres que, como nosotras, eran lesbianas. También coincidimos con muchas mujeres en alguna fiesta de EHGAM. El pueblo estaba lleno y nosotras sin enterarnos. Nunca sentí nada raro, nada malo por el hecho de tener una relación con otra mujer, por ser lesbiana. Siempre lo llevé muy bien.

Coincidió en aquellos años que en Bizkaia detuvieron y juzgaron a once mujeres por haber abortado. Aquello provocó una oleada de protestas en todo el país y en Renteria tomamos la calle. Ese fue mi primer contacto con el movimiento feminista. Como yo trabajaba con esta novia, en la misma fábrica donde nos enamoramos, decidimos implicarnos en la lucha a favor de las mujeres. Un día nos juntamos con otra compañera y las tres pedimos permiso para irnos a Bilbao a una concentración contra los juicios. Al jefe le dijimos que las tres estábamos indispuestas y nos fuimos en el coche de otra amiga, en un *SEAT 127*, a Bilbao. Participamos en numerosas protestas pero siempre a nuestro aire, con nuestro feminismo muy particular.

De lleno en la lucha feminista

Tras los juicios me impliqué de lleno en el Grupo de Mujeres de Renteria. La militancia feminista fue gloriosa para mí. Manifestarme con tantas mujeres fue algo excepcional, fue adrenalina pura, una bomba de oxígeno para lo que yo quería vivir. Yo también era rebelde, y había tenido mi rebeldía pero hasta entonces no había estado canalizada, ni organizada. En el grupo conocí a muchas mujeres y así empecé a chupar feminismo. Era lo mejor. Esas fueron mis primeras experiencias. A mí no me importaba si me veían agarrada de la mano, yo no tenía ningún problema. Nunca he tenido problema por ir agarrada de la mano de mis novias. No me importaba lo que me fueran a decir. Otra cosa es si lo aceptaba la que tenía a mi lado. Siempre había algún pero: *No,* me decían*, nos va a ver mi pareja, nos va a ver mi novio…* A mí aquello me enojaba, la verdad. Pero tenía que respetar. Ir de la mano en aquellos años era un acto reivindicativo, y quizás un poco posesivo, y quizás un poco incauto. ¿No lo sé? Yo lo hacía desde el sentimiento. Me molestaba un poco pero, si la otra persona no quería que la vieran no había nada que hacer.

Nunca sufrimos agresión alguna. A lo mucho algún que otro insulto. No nos decían *lesbianas*, esa palabra ni la conocían. Nos decían *tortilleras*. Nunca me preocupó. Bastante había sufrido ya de niña, pues desde pequeña me habían llamado *marichico*. Y es que ya desde pequeña traía yo un lastre de *marichico*. Nunca me gustó jugar a muñecas. Aquello no iba conmigo. ¿A qué jugaba? Al balón, a fútbol… a todo lo que jugaban los chicos. Y si en el recreo jugábamos a chicos y chicas, yo era el marido. Las otras niñas de todas-todas me cogían como marido. Yo era *marichico*, porque siempre estaba con los chicos. La verdad, no sé si eso me marcó, o no. No me importó. Creo que en ese momento sí me molestaba un poco porque lo decían para herirme, para molestarme y cuando eres muy niña sí te hacen daño cuando te insultan.

Mientras tuve novio, sólo frecuenté al novio. Es decir, nada. Con la novia me llegaba a divertir más, y cuando ya empecé con un entorno feminista, mucho más. Las reuniones y los encuentros con otros grupos de mujeres eran mucho más que trabajo, para nosotras eran muy importantes. Ya para entonces nos habíamos metido unas dosis fuerte de feminismo, teníamos más o menos abierta la mente: sabíamos qué queríamos y cómo queríamos ser; qué queríamos hacer en esta vida y qué queríamos cambiar. Teníamos rodaje. Sábado sí, sábado también, teníamos alguna reunión con mujeres de toda Euskadi y de todo el Estado. Daba igual que estuviéramos en el pueblo o en Eibar haciendo una campaña contra la guerra, siempre nos lo pasábamos muy

bien. En ese montar y no montar de las acciones nos encontrábamos con gente de Hernani, de Eibar, de Oñati y eso, lo digo con toda honestidad, era muy divertido. Era militancia, pero era muy divertida.

Ligábamos mucho en los encuentros

Ligábamos mucho en todos estos encuentros de mujeres. Las jornadas estatales, por ejemplo, daban muchísimo juego. Recuerdo unas jornadas que hicimos en Galicia en las que nos metíamos de cuatro en cuatro en las camas. Las compañeras que organizaron el evento cazaban moscas, no entendían porqué sobraron tantas habitaciones. Con el tiempo aprendí que ligar en esos encuentros tenía sus más y sus menos. Si ligabas con una chica de Barcelona no la volvías a ver en muchos meses y si te había gustado como para algo más, suponía muchos viajes y aquello terminaba por acabar. Aprendí que lo mejor era ligar con mujeres que vivieran cerca porque así la podías ver al día siguiente sin tener que estar todo un año esperando al próximo encuentro.

Las fiestas que organizaban los grupos de mujeres también daban mucho juego para ligar. Tengo grabadas en la memoria tres fiestas del 8 de marzo que fueron preciosas, a lo bestia. Las hicimos en frontones bien decorados y daban mucho juego: primero se comía y luego bailábamos. Hasta que nos echaban. Estas fiestas nos servían para contactar con mujeres que no se atrevían a acercarse al movimiento y la fiesta era su excusa para conocernos.

Yo militaba a tiempo completo en el Grupo de Mujeres de Renteria y en la Asamblea de Donostia. En principio las integrantes de estos grupos eran todas lesbianas, o prácticamente todas, pero nunca se hablaba de lesbianismo y eso nos llegó a incomodar a muchas. Todo el día estábamos peleando por el aborto, por el divorcio, contra el patriarcado… Todo estaba muy bien, pero nosotras las lesbianas sentíamos un gran vacío que había que rellenar, y teníamos que rellenarlo nosotras las lesbianas. No lo iba a rellenar nadie más. Fue así que cuando en la Asamblea de Mujeres de Donostia se empezaron a crear distintas comisiones –contra las agresiones, a favor del aborto, etc.–, pensamos que esa era nuestra gran oportunidad. Al final llegamos a la conclusión que el lesbianismo no podía ser una comisión más. Decidimos que lo mejor era tener nuestro propio organismo que funcionara dentro de la Asamblea, pero con mucha autonomía e mucha independencia y así empezamos con el Colectivo de Lesbianas.

El Colectivo de Lesbianas Feministas

El Colectivo fue una gran experiencia para todas nosotras. Hicimos muchos trabajos, sobre todo teóricos. Pasábamos horas y horas discutiendo sobre la *butch* y la *femme*, o sobre la pluma azul y la pluma rosa, y estudiábamos a fondo a las teóricas alemanas y americanas que nos llevaban una gran delantera y de las que teníamos mucho que aprender. Teníamos muchas ganas de aprender y de debatir para saber qué éramos, por qué y para qué. Todo eso era importante. Y éramos unas verdaderas *chapas*. Éramos políticas, políticas auténticas, políticas de buscar reivindicaciones. Hubo muchas mujeres que pasaron por ahí y que desaparecieron al instante. Siempre nos quedábamos las mismas. Y ese era un gran problema, porque el grupo no aumentaba y las siempre se veían las mismas caras. Igual que ahora, también entonces la visibilidad era muy importante para el movimiento lésbico. Era vital. Hoy resulta difícil de entender pero, si queríamos hacer a una manifestación era un problema bien serio encontrar a quien fuera a llevar la pancarta. Lo mismo cuando nos llamaban de los medios de comunicación para hacernos una entrevista. Siempre salían las mismas.

Al grupo también venían algunas mujeres que pensaban que ahí iban a encontrar su solución personal, que en el grupo encontrarían novia. A eso también vinieron muchas mujeres. Venían a ligar pero en cuanto veían que ahí sólo era *chapa* y trabajar poniendo carteles o haciendo pancartas, se asustaban y salían corriendo. Llegamos a plantearnos hacer una reflexión sobre qué nos estaba pasando: cada vez que venía una nueva, la espantábamos. A muchas las encontramos después en otros marcos y vimos que en realidad, no hicimos daño a nadie. Eran como eran y siguen igual.

Precisamente las fiestas las organizábamos para este tipo de mujeres. Para nosotras pasarlo bien, sí, y para que aquellas mujeres que se podían sentir cohibidas pudieran tener un entorno donde ligar. Para eso eran. Eran fiestas de mujeres, no exclusivamente de lesbianas. Personalmente no sé si yo buscaba otras lesbianas para ligar. Yo me ligaba a todas las que en teoría eran heterosexuales. Para mí era atracción física o intelectual, al margen de si eran o no lesbianas. A mí me han coincidido, por lo menos, tres o cuatro heterosexuales. Tampoco es que tenga mucho más para contar. Siempre he sido más de pareja estable y me duraron bastante.

En Renteria, además, tuvimos otra experiencia muy bonita en torno a la sociedad gastronómica *Casiopea*. Como es sabido las sociedades eran coto cerrado para nosotras, las mujeres. Hartas de discutir con tanto *tripero*, decidimos crear nuestra propia

sociedad. No sé cómo hacemos las cosas pero no nos duró mucho. Eso sí, mientras duró fue todo un éxito. Ahí estuvimos varios años y fue una experiencia muy divertida. Hasta una riada de campeonato que sufrimos en el pueblo nos agarró con *la mona* dentro de la sociedad.

El matrimonio nos superó

De los últimos tiempos del Colectivo de Lesbianas recuerdo que ya entonces llegamos a tratar en serio el tema del matrimonio. Los grupos de mixtos y de gays empezaban a hacer bandera del tema y nosotras estuvimos debatiendo bastante sobre si esa también iba a ser nuestra bandera, como una reivindicación más, o si por el contrario teníamos que enfocar nuestra lucha en los derechos individuales. Los derechos individuales nos parecían que eran universales, que a todo el mundo tocaban estuviera como estuviera la persona, en el estado que estuviera y tuviera los hijos que tuviera. Lo cierto es que el debate nos pilló en un momento de debilidad del Colectivo, con un nivel de militancia y un compromiso en las Asambleas bastante bajo. Vino la marea del matrimonio y el debate nos superó.

La situación hoy, en 2015, la veo muchísimo más abierta. De eso no hay duda. Ahora bien, creo que todavía hay mucho por reivindicar. Soy de la opinión que habría que echar el freno y analizar cuáles han de ser hoy nuestras prioridades. Porque yo no quiero lo que tenemos, no era esto por lo que tanto luchamos. Sé que no es fácil porque estamos inmersos en una bola que no sé si tiene ya marcha atrás. Pero desde luego me gustaría parar, porque vamos muy deprisa sin pensar bien lo que estamos haciendo. Todo nos lo están dando hecho. Por un lado veo a mujeres obsesionadas con casarse y por otro a mujeres que viven su lesbianismo tranquilamente, sin tener que dar explicaciones a nadie, sin ocultarlo pero sin hacer nada en concreto para reivindicarlo. Viven, se les ve, interactúan en las calles o en el barrio, se reconocen como lesbianas pero no ven la necesidad de hacer militancias concretas. Creo que ahora hay mucho de eso. Lo cierto es que si todo eso se da es porque otras antes abrimos camino. Al abrir el camino todo está hoy más libre. Yo de hecho, tengo media familia lesbiana y gay. Yo fui la primera, por lo visto, pero tengo un varios sobrinos que vienen con su pluma y sus novios. Es otra vivencia la de ellos. Pero como digo, veo que estos jóvenes no tienen ningún viso político de nada, ninguna gana de reivindicar nada, ni de vivirlo con rebeldía. Me duele esa poca implicación de los más jóvenes.

Donostia, octubre de 2015

SETI Y YOLANDA

Seti y Yolanda se conocieron en 1977. Desde ese año han compartido buena parte de su vida, sentimientos y alegrías. Y juntas han querido dar testimonio de su experiencia lésbica en aquellos años de cambio, en clave social y política.

- **Hubo quien cometió la imprudencia de definirnos cuando nosotras todavía no estábamos definidas.**

Nos conocimos en las calles del Casco Viejo de Bilbao, en 1977. En aquellos años las cuadrillas inundaban las calles del barrio y todas nos conocíamos bien por cuestiones políticas o sindicales, bien por coincidir en mil y una manifestaciones o en charlas. Todas las cuadrillas desembocábamos y coincidíamos en el Casco Viejo que para nosotras era como un pequeño pueblo donde todas nos conocíamos. Las cuadrillas eran muy diversas y también se mezclaban. Nos conocimos después de una manifestación, cuando nuestras respectivas cuadrillas coincidieron en una calle del Casco Viejo. Éramos más de 60 personas de muy diversas ideologías y militancias políticas *poteando* en la calle Santa María, cuando nos conocimos.

Nuestras cuadrillas vivían en la calle, no como ahora los jóvenes que para nada pisan la calle. Nosotras estábamos todo el día en la calle, tomábamos la calle, nos divertíamos en la calle. En las mañanas nos movíamos por una zona, en las tardes por otra y por la noche en otra diferente. Salíamos todos los días y todos los días trabajábamos y estudiábamos.

Yo no creía ser lesbiana

En aquellos momentos yo no creía ser lesbiana. Me gustaba una mujer, pero me gustaba una mujer en concreto y trabajaba la situación con esa mujer. Si tuviera que definirme diría que era bisexual, pues tenía relaciones sexuales con chicos y había esa amiga que me gustaba. Para mí todo aquello era natural. Tampoco conocía ninguna mujer que yo supiera que tuviera relaciones con otras mujeres. Estoy hablando del año 1975. No teníamos ninguna referencia. Conocíamos chicas en ese ambiente de cuadrillas, hablando trabajábamos la relación y al final llegábamos a una relación. No nos culpabilizábamos ni pensábamos que por el hecho de tener esas relaciones fuéramos nada. Era algo normal, sin más. Con el tiempo se lo conté a mis hermanas y tampoco ellas pusieron ningún reparo. Quizás fuera por el entorno que teníamos en ca-

sa. Para otras éste era un tema muy serio que no podían comentar en casa y sólo se lo contaban a las personas más allegadas.

En el trabajo la intimidad de cada una de nosotras se vivía con bastante naturalidad. En esos tiempos podías decir sin ningún problema:

- *Me he echado una novia.*

Hemos de admitir que para reconocernos lesbianas jugó un papel muy importante (la asociación) Lanbroa. Aunque nosotras no éramos militantes, solíamos acudir a la sede que este grupo tenía en la calle San Mamés. Algunas de las mujeres que conocimos ahí eran militantes, otras no, pero la sede era un lugar de encuentro donde podíamos hablar con total libertad. Ahí aprendimos mucho de una mujer ya mayor que nos solía dejar a todas con la boca abierta escuchándola. Nos contaba sus aventuras en Biarritz, en un local de chicas. Todas nosotras flipábamos. No nos podíamos imaginar que pudiera haber sitios de chicas para ligar. Gracias a las mujeres de Lanbroa conocimos además el cine que sobre el tema se hacía en la época y fue viendo estas películas como nos fuimos enterando de más cosas.

Nosotras veíamos a los chicos gays cómo ligaban en la calle y alucinábamos. Les oíamos hablar de sus ligues en baños públicos o en *El Balcón de La Lola* y no dábamos crédito. Para nosotras no había manera de ligar en la calle. Fue en los años 80 cuando las mujeres lesbianas nos empezamos a vestir y a peinar de una manera en la que nos reconocíamos, pero los primeros años tras la muerte de Franco no vestíamos de una manera especial que denotara que fuéramos lesbianas.

El primer *escrache* de Bilbao

Con los vaqueros, las camisetas y el pelo corto, todo cambió. Recuerdo el problema que tuvimos con un periodista, Paco Romano. A él le hicimos el primer *escrache* que se hizo en Bilbao. Un día estando en casa, donde vivíamos varias amigas, nos cortamos el pelo casi al cero y nos fuimos al *Crazy Horse*, en la calle Henao, a tomarnos una copa. Allí coincidimos con Romero que resultó ser periodista y empezó a hacernos preguntas. El *Crazy Horse* era un antro de ligue *hetero* pero que poco a poco las lesbianas lo fuimos ocupando. Nosotras salíamos todas las noches y ésa no fue la excepción. Pienso que Romero nos vio allí con el pelo tan corto, besándonos entre nosotras y le resultó curioso. La cosa es que publicó un artículo a toda página en *Diario 16* donde decía: *En Bilbao también hay lesbianas. Todas llevan el pelo corto y la cara*

larga. Y añadía que éramos muy agresivas. Fuimos con un montón de periódicos a la sede de *Diario 16*, subimos hasta la redacción pues en aquel entonces no había controles ni nada, y accedimos hasta su propio despacho. Ahí mismo rompimos los periódicos, los tiramos al suelo y los quemamos. A él lo abucheamos.

Ahí sí se dio cuenta de que había metido la pata. Era un hombre que vivía la calle y que cometió la imprudencia de definirnos cuando nosotras todavía no estábamos definidas. No sabíamos ni lo que estaba pasando. De los hombres gays se sabía más, pero nosotras, las mujeres lesbianas, éramos invisibles.

Las mujeres no llamábamos la atención. Una mujer podía vivir con su pareja y todo el mundo pensaba: *Son amigas*. Que vivieran dos chicos juntos, era más difícil. Enseguida levantaban sospechas. Pero dos chicas, no. Podían ser perfectamente amigas, vivir en un piso, salir juntas toda la vida y les podían llegar a preguntar si eran hermanas.

Nosotras, por ejemplo, vivíamos en un piso con más gente. Incluso con gente heterosexual. Era muy común en esa época. Llegábamos a Bilbao a estudiar y cogíamos un piso con otra gente con la que convivíamos. Hacíamos fiestas, verdaderos *fiestones*, y no pasaba nada. Con los vecinos nunca tuvimos ningún problema.

En el partido sólo se hablaba de política

Nosotras militamos en la lucha política desde muy jóvenes, una en LKI (Liga Comunista Revolucionaria) y la otra en Comisiones Obreras.

- *Yo dejé de ser militante del partido por la lucha lésbica, aunque sigo fiel a la ideología trotskista porque siempre me ha parecido muy bonita. Y la militancia lésbica la dejé cuando en mi vida surgió el teatro. Tuve la suerte de poder desarrollar un trabajo de reivindicación lesbiana en el teatro sin necesidad de militar directamente en ninguna agrupación. Con el teatro era suficiente militancia para mí.*

- *En Comisiones Obreras era impensable hablar sobre mi vida y mis relaciones con mujeres. Nadie hablaba de su vida privada. A los partidos y sindicatos no se iba a hablar de la vida o los problemas personales. Ahí no hablaba nadie, ni homosexuales ni heterosexuales. Se hablaba de política y punto. Eso era así.*

- *Ahora que dices eso, recuerdo que en LKI para decir que dejaba la célula, no tuve el valor de decirlo directamente. Yo era muy tímida y a la hora de expresarme, como*

era tan tímida, me bloqueaba. Le dije a una compañera que dijera ella en el partido que yo me marchaba y fue ella quien se lo hizo saber a la célula.

Estando todavía en LKI recuerdo que con una amiga, Marian, acudimos a una reunión que se hizo en un caserío, no me acuerdo dónde. Aquella reunión se hizo para fundar EHGAM (Movimiento de Liberación Gay de Euskal Herria) y para hacer las bases ideológicas. Estuvimos todo un fin de semana reunidos. Ambas salimos de ahí muy sorprendidas de ver cosas que nunca habíamos visto, sobre todo cómo llevaban los chicos sus relaciones. Para nosotras aquel fin de semana fue muy impactante. No sé si fue porque ese fin de semana nos impactó mucho o porque por circunstancias varias no pudimos ir a las siguientes reuniones, pero lo cierto es que ninguna de las dos seguimos con la trayectoria vital de EHGAM. Ni siquiera después en ESAM, cuando algunas mujeres se salieron de EHGAM y organizaron un grupo sólo para lesbianas. Si mal no recuerdo fue ahí cuando la vida me llevó por otros derroteros.

Las chicas nos comportábamos de otra manera

Las chicas dejaron EHGAM para crear ESAM porque como mujeres se enfrentaron a roles muy diferentes a los que imperaban entre los chicos. Las diferencias más importante se referían a las formas de relacionarse, a los roles. Las mujeres tratábamos de ser y de comportarnos de otra manera. Eso pasaba y pasa tanto en el mundo homosexual como en el heterosexual. La manera que los hombres tenían de afrontar las relaciones era totalmente diferente al de las mujeres. Eso se reflejaba en todo. Los hombres, por ejemplo, al menos entonces, estaban todo el día ligando. Las mujeres funcionábamos de otra manera, pasando por otro tipo de sentimientos. También podíamos tener relaciones sexuales, pero de otra manera.

Los chicos eran de *aquí te pillo y aquí te mato*. Por las noches andaban por sitios peligrosos para poder ligar. Eso las mujeres no lo hemos vivido. Para los chicos era peligroso andar de noche con algún *chapero* que los podía asaltar. Tan peligroso como que en *El Balcón de la Lola* mataron a un chico y en el parque mataron a *El Huevero*.

El lesbianismo, además, estaba unido al feminismo en cuanto al concepto de la lucha y eso también nos hacía diferentes. El movimiento lésbico estuvo más centrado en las ideologías de izquierdas, mientras que la homosexualidad masculina fue más plural, en ese sentido. Conocemos amigos que no tuvieron reparo en ligarse a un guardia civil en la playa de Sopelana y eso a nosotras, no nos cabía en la cabeza. Ellos decían:

- Qué más da, si el tío estaba bien.

Nosotras por el contrario éramos tan radicales que no bebíamos *cubatas* porque el ron se mezclaba con *Coca-Cola* y eso nos suponía apoyar el imperialismo. Las activistas lesbianas necesitábamos una aproximación ideológica. No nos pasaba por la cabeza ligar con una mujer de los cuerpos de seguridad que al día siguiente nos podía estar reprimiendo en una manifestación. Nosotras teníamos una mentalidad más de izquierdas y exigíamos más a ese nivel. Era impensable que nosotras pudiéramos ligar, por ejemplo, con una mujer fascista. Los chicos a ese nivel tenían menos reparo. Eso marcaba mucho.

La represión nos llegó en los 80

La represión también la sufrimos de forma diferente. Si bien la Ley de Peligrosidad social seguía vigente en el Casco Viejo no se dieron nunca redadas contra bares que pudieran ser de ambiente o aceptar el ambiente. Los chicos en cambio, lo pasaron peor. Más de una vez hemos oído a *La Otxoa* contar aquella vez, en los años 70, que un amigo de Barcelona vino a visitarlo y salieron de fiesta uno con un pantalón rosa y el otro con un pantalón amarillo, los dos muy, muy ceñidos. Iban por el puente de El Arenal cuando les pilló una cuadrilla de *macarras* y los colgaron a los dos del puente preguntando:

- A ver, ¿quién es el mariquita?

La Otxoa, que es muy gracioso, les decía: *El mariquita es él*. ¡Qué iba a decir! Al final no los tiraron al agua, pero pasaron muy mal rato. Las mujeres no vivimos eso. No al menos hasta los años 80, cuando empezamos a vestirnos con ese rollo ambiguo. A partir de ese momento sí hubo cuadrillas y hombres que nos perseguían y nos pegaban. Pero fue posterior, cuando empezamos a vestir con ese look que caracterizó a las lesbianas durante muchos años. En los 70 íbamos de progres y no se diferenciaba el rollo sexual de si una mujer era una cosa u otra. Todas estábamos con la mente muy abierta y también con nuestras partes muy abiertas.

Entre nosotras, además, había mucha solidaridad. Las cuadrillas se defendían, aunque fueran mixtas. En nuestra cuadrilla había chicos homosexuales, chicas lesbianas y parejas heterosexuales *hechas y derechas*, de esas que llevaban juntas más de 15 años. Todos sabíamos todo, porque éramos amigos y no concebíamos que un amigo

no supiera o no respetara una parte de tu vida afectiva tan importante. Nuestras cuadrillas eran así, había de todo.

El Casco Viejo, territorio liberado

El Casco Viejo era nuestro territorio liberado por las tardes, después de nuestras ocupaciones. De noche nos íbamos a otro tipo de antros: sobre todo al *Crazy Horse*, y al *Porto Bello* que estaba en Santutxu. Este último al principio era una boite para matrimonios y para casados infieles, pero lo terminamos por ocupar. Tanto que el dueño nos dio dinero para que compráramos discos de la música que nos gustara. En el *Crazy Horse* se empezaron a hacer muchas fiestas, porque era de los locales que no cerraban hasta las cinco de la mañana y a tomar la última nos íbamos al *Porto Bello*.

Hubo un tiempo que frecuentábamos mucho el *Bataclán*, en la calle Cortes. Solía haber actuaciones y ahí conocimos a los primeros chicos transformados en chicas. Les decíamos los travestis, pero no lo eran. Eran las mujeres transexuales que ni se olían lo que eran. Conocimos a chicas fantásticas. Eran las primeras transexuales que se tenían que dedicar a la prostitución para pagarse el cambio de sexo y sufrieron operaciones muy graves, porque prácticamente eran castraciones.

Fue hasta los años 80 que en Bilbao no empezó a haber cancaneo entre chicas. Fue cuando abrieron bares como el *Convento* primero y el *Enigma* unos años después. Ahí era puro cancaneo. Antes no había nada. Fue con el cambio de look y de actitud que la cosa empezó. A partir de los 80 nos reconocíamos entre nosotras porque íbamos preparadas para la lucha urbana.

Una vez fuimos a un bar de San Ignacio pero no nos gustó. Las chicas femeninas eran muy chicas, y las masculinas muy señores. Eran mujeres de roles muy marcados y nos dio mucho miedo y nos fuimos. Nos llamó muchísimo la atención aquello, sobre todo porque como mujeres feministas no lográbamos entenderlo.

Militancia política y sexual

Fuimos juntas a la primera manifestación de liberación homosexual que se hizo en Bilbao. No recuerdo bien si fue la primera del Orgullo Gay, pero sí la primera que era abiertamente por la defensa de los derechos de la gente homosexual. La recordamos muy bien porque cuando bajábamos por la Plaza Circular sufrimos un ataque desde

el local que Fuerza Nueva (ultraderecha) tenía en la calle Buenos Aires. Se pusieron en la ventana a disparar con tirachinas bolas grandes de metal y llegaban hasta la Plaza Circular. Iba mucha gente en la manifestación, porque había mucha gente de partidos que apoyaban las libertades sexuales y aquello fue una desbandada. Inmediatamente llegó la Policía y nos sacudió a nosotros en lugar de defendernos de la agresión de aquel grupo fascista. Eso sí, subieron cuatro o cinco manifestantes a aquel local y les pusieron bien. Eran tiempos duros en los que los fascistas solían salir con pistolas contra cualquier manifestación de tipo social, político o sindical. Y había muchas manifestaciones.

Nosotras empezamos en las protestas muy jóvenes, yo con el *Proceso de Burgos*, y no paramos hasta después de la muerte de Franco. Era una época muy política, muy asquerosa a nivel de libertades. No se podía hacer nada, todo estaba mal, mal considerado. Era asqueroso. Teníamos claro que si Franco no se moría, nos moríamos nosotros. Todos estábamos muy politizados. Luego, cuando Franco murió, siguió siendo todo política porque todo era ilusión, todo proyectos.

Lo que el sida se llevó

Fueron años muy intensos, pero no todos fueron agradables. Con la crisis del sida, por ejemplo, vivimos momentos muy duros. Al principio todo eran rumores. Algo oíamos, se hablaba, pero no se sabía nada. Luego ya supimos que el virus afectaba sobre todo a yonkis y a homosexuales. Y de repente empezó a morirse gente del ambiente. Muchos chicos murieron, de chicas no conozco a ninguna. Empezó a caer gente que andaba por el Casco Viejo y fue terrible. Era gente muy joven y gente aparentemente sana. No fueron ni uno ni dos los que murieron, sino muchos. No se hablaba de eso y se sigue sin hablar. Y sin embargo yo diría que en todas las cuadrillas de chicos faltó en algún momento una persona, o dos, a cuenta del sida. El sida fue un tema tabú, estaba estigmatizado.

- *Yo sí recuerdo que salió un producto de látex para proteger el sexo entre mujeres. Alguna vez lo pensamos pero nunca lo usamos. No teníamos esa percepción de peligro. De hecho sufrieron más las mujeres heterosexuales que las mujeres lesbianas.*

Bilbao, noviembre de 2015

MARTA BRANCAS

- **Siempre me pareció que teníamos que ofrecer una alternativa a las mujeres lesbianas desde el feminismo**

Soy Marta Brancas Escartín y aunque nací en Málaga, soy bilbaina y soy una niña del Franquismo. Pese a todo, fui una niña muy feliz. Mi familia era la clásica familia bilbaina de clase media, de comerciantes, que me envió a un colegio religioso, las Mercedarias Misioneras, en la Gran Vía.

Del colegio recuerdo con mucho cariño a algunas de las monjas. La Superiora y la Prefecta, por ejemplo, terminaron colgando los hábitos para integrarse en los movimientos sociales de la época. Ana Ereño, que ha muerto recientemente, o Ana Basaldua son dos ejemplos de mujeres comprometidas que fueron monjas. Yo era una niña despierta y preparada que me radicalicé y entendí que la realidad estaba mal hecha cuando conocí a una niña de Otxarkoaga que vino a nuestro colegio gracias a una beca. Cuando conocí su casa se me partió el alma. Yo vivía en una casa mucho mejor, en el centro de Bilbao. Ahí se inició en mí un proceso de radicalización. Con el tiempo rompí con la Iglesia cuando fui consciente de que la Iglesia oficial no hacía sino adornar y maquillar aquellas injusticias.

Mi vida estaba marcada: novio, boda e hijos

Con 13 años me encontré con la sexualidad. Fue con una amiga del colegio en cuya casa me solía quedar a dormir. Una noche no sé qué hicimos, no lo recuerdo, pero tuve mi primer orgasmo. *¿Esto qué es?*, me dije, *¡qué cosa más placentera!* Sí recuerdo que en el mismo instante que me sobrepuse al orgasmo fui consciente de aquello estaba totalmente prohibido. Para entonces yo ya tenía mi vida marcada: echarme un novio, casarme y tener hijos. Como niña siempre me sentí un poco frustrada, porque en tanto que niña no podía hacer nada, no tenía autonomía personal. Me decía:

- Llegará el día en que pueda decidir y entonces ya veremos.

Durante mi juventud seguí la senda marcada y tuve mi novio. Por suerte, aunque parezca paradójico, las autoridades franquistas me abrieron expediente, por lo que no pude continuar con mis estudios en Bilbao y tuve que ir a Madrid.

- Ésta es la mía –me dije *–, de quitarme de encima a la familia y ser libre.*

En Madrid comenzó el camino de la libertad; de la lucha por la libertad, más bien. Allí conocí más chicas. Durante mi estancia en Madrid tuve novio casi todo el tiempo, pero también tenía relaciones con mujeres. Toda la vida he tenido muy claro que las relaciones con hombres eran entre desiguales: Ellos eran ellos y yo era yo. Con las mujeres en cambio se producía una fusión, un efecto espejo, una identificación que era completamente distinta a la que sentí con los hombres. Ese objeto sexual se disolvía en mi propia sexualidad. Hombres y mujeres eran completamente distintos.

En Bilbao, antes de trasladarme a Madrid, yo ya me sentía, sin ponerle nombre, feminista. En 1971 no sé cómo me enteré de que existía el *8 de marzo* y, ni corta ni perezosa, pedí permiso en el Gobierno Civil, me lo concedieron y el 8 de marzo organicé una charla en el Ateneo de Bilbao, que estaba en Colón de Larreategi, enfrente del Cine Trueba. Hoy nadie se acuerda del Ateneo, pero jugó un papel importante en la lucha antifranquista. Fue una charla sobre la problemática de la mujer. Ese día hablamos de discriminación y recuerdo que vinieron muchas cristianas que decían: *Es que las mujeres somos seres humanos.*

Entre lucha y estudios, aposté por la lucha

Cuando fui a Madrid a estudiar yo iba para premio Nobel. Es decir, iba con la idea de estudiar Ciencias Políticas, Sociología y Medicina a la vez. Me quería dedicar a la investigación. En la Facultad de Ciencias Políticas me topé con un movimiento político de tal magnitud que enseguida me di cuenta de que a todo no podría llegar. Si quería estudiar Medicina me tenía que dedicar a estudiar, sin desviar mi atención en otras cosas. Y decidí dedicarme a la política, que por otro lado iba con mi carrera. En ese momento se estaba formando la Liga Comunista Revolucionaria, trotskista de la IV Internacional, y me metí de lleno ahí.

Gracias a mujeres de la IV Internacional de todo el mundo conocimos la nueva ola del feminismo: Por un lado organizaciones de mujeres europeas que venían del mayo del 68 y, por otro, grupos que en Estados Unidos llevaban un proceso de auto-organización de las mujeres a través de la auto-conciencia. Aquí se unieron el hambre con las ganas de comer y surgieron organizaciones de mujeres sobre todo por universitarias. En aquella época no es que fuéramos muchas, pero éramos unas cuantas las mujeres que habíamos conseguido llegar a la universidad. Éramos mujeres de distintas corrientes políticas: del Movimiento Comunista, de la LCR y mujeres independientes, entre otras. Ahí donde estaba una de nosotras surgía una organización de muje-

res. En las Asociaciones de Vecinos, por ejemplo, creamos las vocalías de mujeres. De aquellos años es además el Frente de Liberación de la Mujer, donde conocí a Carlota Bustelo que luego llegó a ser la primera directora del *Instituto de la Mujer*, cuando en la Administración había feministas.

Las integrantes de la fracción de mujeres de la LCR elaboramos un análisis de la opresión de la mujer que rebasaba y criticaba el marxismo clásico de Marx y de Engels y en el que incluíamos un análisis de los orígenes materialistas de la opresión de la mujer y la sexualidad ocupó un espacio central en el análisis que hacíamos de esta opresión. Hablábamos de una sexualidad libre y criticábamos duramente la idea de que porque estuviéramos luchando por la libertad nos teníamos que acostar con todo el mundo, sobre todo con los hombres. A partir de ese análisis dimos el salto político y optamos por potenciar organizaciones autónomas de mujeres independientes de los partidos políticos, de los sindicatos, de la Iglesia y del Estado.

Los últimos años de la dictadura en Madrid fueron muy duros. Estuve dos veces en la cárcel de Yeserías (Madrid), acusada de formar parte de una organización ilegal y de propaganda clandestina. En la cárcel coincidí con Eva Forest y Lidia Falcon, entre otras. Muchas de nosotras salimos con la amnistía del 1977, con aquella ley de punto final que ahora nos queremos cargar. Yeserías ya no existe y es una pena, porque el lugar tenía que haber sido conservado para resguardar la memoria.

Yo como ideal de lesbiana luchadora

Curiosamente la segunda vez que me detuvieron, caí con una amiga y compañera de la LCR que tenía doble nacionalidad, española y francesa. A ella la expulsaron del Estado español y desde entonces vive en París. Perdimos el contacto y no fue hasta muchos años después que recibí una postal suya. No sé cómo, pero me encontró. Recuperamos la amistad, yo fui a París, ella vino aquí y en una de éstas me comentó que era lesbiana y me dijo:

- Tú eras para mí el ideal de lesbiana luchadora.

Me quedé estupefacta porque yo no iba de lesbiana. Es cierto que había estado en los primeros movimientos del Frente de Liberación Homosexual y recuerdo aquellas primeras reuniones en el barrio de La Concepción. Pero para mí aquello era como ampliar el espectro de las luchas por las libertades. Por eso me tomó por sorpresa

que yo fuera el ideal de lesbiana de nadie. No fue hasta mucho después que me reconocí como bisexual que me encontré con esa otra realidad.

Y hablando claro, el tema de ser lesbiana ¿con qué tiene que ver? ¿Tiene que ver con la sexualidad? ¿Con la política? ¿Con los derechos? ¿Con la identidad? Me temo que el verdadero problema es que no conocemos qué es en realidad la sexualidad, ni qué función tiene. Yo me acuerdo de los grandes debates intelectuales que tuvimos esos primeros años del movimiento feminista, como aquel de *La función social del orgasmo*. Todo aquello quedó apartado con el tiempo y lo retomamos aquí, en Bilbao, en los años 80 coincidiendo que yo había regresado de Madrid.

Cuando volví a Bilbao me incorporé a la Asamblea de Mujeres de Bizkaia que era la organización autónoma por la que habíamos estado luchando. El grupo era muy potente aquí porque convivían las distintas corrientes de izquierdas con mujeres independientes. Discutimos mucho sobre sexualidad en las primeras Jornadas Feministas que tuvieron lugar en Leioa, en 1977. Hablábamos ya de homosexualidad e incluso de lesbianismo. En estas jornadas vimos muy claro que la vida de las mujeres estaba constreñida por una heterosexualidad obligatoria que nos obligaba a relacionarnos con hombres, a la monogamia y a unir sexualidad con maternidad. Todo aquello fue puesto en cuestión.

La Asamblea delegaba el lesbianismo

Con el tiempo, en el seno de las Asambleas de Mujeres se crearon los Colectivos de Lesbianas Feministas. Yo no me incorporé nunca al Colectivo porque entendía que mi función en la Asamblea de Mujeres era prioritaria. Era más importante que yo estuviera en la Asamblea reivindicando y luchando por los derechos de las lesbianas, que en el Colectivo. La Asamblea delegaba en el Colectivo todo lo que tuviera que ver con lesbianismo y se desentendía, por ejemplo, de organizar el *28J*. A mí no me parecía bien, me parecía que teníamos que ofrecer una alternativa a las mujeres lesbianas desde el feminismo, no sólo desde el lesbianismo político. Pensaba y así lo defendí que el feminismo debía ofrecer alternativas para construir otra sexualidad, otro tipo de relaciones y poner en primer plano aquellas que estaban invisibilizadas. Esa fue mi trayectoria en el movimiento de mujeres.

En los años 80 y poco después de la creación del Colectivo de Lesbianas, se creó la Comisión de Sexualidad dentro de la Asamblea, que funcionó durante muchos años y cuyas integrantes pregonaban que no había que luchar tanto por los derechos de un

colectivo en concreto, sino por el derecho y las libertades sexuales. El tema se discutió en innumerables grupos y hubo incluso un encuentro estatal de sexualidad en Madrid. Las Jornadas al final no abrían nada nuevo, cerraban un capítulo de trabajo en los diferentes grupos y la verdad, las jornadas eran bien aburridas.

Hace 20 años, cuando tuvieron lugar las Segundas Jornadas Feministas de Euskadi el tema de la sexualidad prácticamente desapareció del mapa. A partir de ahí lo que ha habido es una lucha por derechos: por la igualdad, por el matrimonio, por la adopción o por la inseminación. Pero, claro, no es lo mismo. En un momento determinado hubo gente que con la excusa del posmodernismo dejó el lesbianismo a un lado y dijo que lo que había que hacer era luchar por las libertades sexuales en general. Yo no estaba de acuerdo pues me parecía que el movimiento feminista y el feminismo debían cumplir otra función.

Compaginando la lucha con el *cancaneo*

A pesar de lo que pueda parecer, no todo fue política en nuestra vida. Hubo unos años que lo pasamos fenomenal en Bilbao. Yo volví el 16 de junio de 1977, con 24 años, y desde esa fecha hasta principios de los 90, éramos una marea de mujeres jóvenes que supimos compaginar la lucha política con la diversión y el goce de nuestros cuerpos. Es cierto que todas teníamos grandes responsabilidades, pues habíamos creado la Asamblea de Mujeres y militábamos en partidos políticos de izquierda revolucionaria. Pero además, éramos como una gran cuadrilla que lo pasaba fenomenal. Fueron años de lucha y años de mucho cancaneo.

Un punto de inflexión importante fue cuando en la calle Esperanza abrieron *El Convento*, un bar dirigido exclusivamente a mujeres. Ahí nos juntábamos las militantes de izquierda y de la Asamblea de Mujeres con un montón de amigas que eran lesbianas, que sí iban a todas nuestras fiestas pero nunca a las reuniones. De ahí salieron cantidad de parejas y de relaciones. Éramos sólo mujeres. Con el tiempo *El Convento* se abrió a hombres y los hombres tenían más dinero, estaban más acostumbrados a la vida social y coparon aquello. En cuanto aparecían los hombres, las mujeres quedábamos desplazadas.

Hubo un tiempo en que un grupo de mujeres lesbianas trató de organizar actividades culturales en Bilbao. Se creo un grupo de teatro, *Mari Matraka*, algunas de cuyas integrantes terminaron en *Karraka*, que escribía sus propios guiones temáticos para ponerlos en escena. La revista *Sorgiña*, del Colectivo de Lesbianas Feministas, era la

biblia de muchas mujeres que no estaban organizadas. Para ellas aquella era la prueba de que existían, de que eran una realidad que veían reflejada en la publicación. Yo colaboraba en la revista y entre las cosas que escribí recuerdo una crítica a la Primera Marcha Mundial de Mujeres porque no habían querido incluir el lesbianismo en el tema de la sexualidad. Les pareció que aquello podía asustar a muchas mujeres.

El tema del lesbianismo sí causó tensiones en los movimientos de mujeres. Primero porque se despolitizó. Es decir, se veía y se ve como una cuestión personal que no tiene incidencia en la lucha política. Para quienes somos marxistas éste es un problema, porque dentro de la lucha por la memoria, por el relato que tiene que ver con los sujetos de cambio, el tener unas prácticas distintas te genera pensamientos distintos y otra realidad. Creo que sigue existiendo una discriminación para las mujeres lesbianas cuando se lleva el tema a niveles personales. Se sigue sin admitir que las mujeres ejerzan su sexualidad sin la intervención de un macho, sin coito y por su cuenta. Somos como las nuevas brujas. Eso sí, hoy la represión es de baja intensidad porque no es políticamente correcto atacar a las lesbianas. Por cierto, muchas y muchos que lean esto pensaran que estoy saliendo del armario. Yo no necesito salir del armario, quien me conoce siempre ha sabido y sabe quien soy.

En casa nunca dije nada, les presenté a mi compañera y punto

A nivel personal siempre llevé una política de hechos consumados. Yo concibo la sexualidad con amor y sin amor. He tenido y tengo relaciones sexuales porque sí, sin crear unos vínculos amorosos y también los he tenido amorosos. He tenido una compañera 24 años y todo el mundo lo sabía, incluida mi familia. En casa nunca les dije que yo fuera lesbiana, simplemente les presenté a mi compañera dejándoles claro que si no la aceptaban, no me aceptaban a mí. La aceptaron totalmente. Yo no he necesitado nunca ir diciendo por ahí: *¡Yo soy lesbiana!* No, porque igual en un momento dado se me ocurre acostarme con un hombre, porque sí y no tiro piedras contra mi propio tejado.

Yo no he vivido contradictoriamente el hecho de no dar la cara. Otra cosa es que, como aquella amiga de París que me veía como un símbolo del lesbianismo sin que yo me hubiera declarado, mucha gente me viera como lesbiana. Había otras compañeras que salían en televisión diciendo que eran lesbianas y no había necesidad de que yo lo hiciera. Si hubiera habido necesidad, quizás lo hubiera hecho.

En casa tampoco tuve necesidad de hacerlo. Mi familia fue bastante libre. Antes de ir a Madrid, a finales de los años 60 tuve un primer novio, que me dejó. Tuve un segundo novio que me embarazó y mi madre me acompañó a Londres a abortar. No me presionaron para que me casara porque estaba claro que yo tenía que terminar mis estudios. Ahora, también es cierto que viviendo con mi compañera solíamos ir las dos íbamos a las meriendas que mi madre hacía con sus amigas, y siempre me preguntaban:

- *Qué, ¿cuándo te vas a echar novio? ¿Ya tienes novio?*
- *No.* –les respondía yo. Y punto.

Yo no me ponía a gritar: *No, ¿cómo me decís eso? ¡Yo soy lesbiana y estoy con ella!* No veía la necesidad de hacer una declaración pública. Para mis padres mi compañera era otra hija. No tuve ninguna presión para casarme, tener hijos y formar una familia, de lo cual les estoy infinitamente agradecida.

Tampoco tengo un mal recuerdo de mis años en el colegio. Aunque fui educada en colegios religiosos, nunca sufrí abuso por parte de las monjas ni tuve constancia de que ninguna compañera las sufriera. Eso sí, teníamos que rezar el rosario, teníamos que ir a misa y recibir formación político-religiosa (*del Espíritu Nacional*). Como todas las chicas de mi edad tuve que hacer el Servicio Social de la *Sección Femenina* (de *La Falange*). Si no lo hacía no me podía sacar el carnet de conducir, ni el pasaporte, ni hubiera podido trabajar. El problema era el sistema político más que las propias monjas. Como decía antes muchas salieron de sus órdenes religiosas para irse a trabajar a barrios obreros.

Vamos a tener una vejez problemática

Mirando al futuro, creo que vamos a tener una vejez problemática, porque los vientos no son favorables para la libertad. Pienso que hace falta reconocer otras formas de relación social y de familia que ya empiezan a existir. Conozco a tres mujeres que viven juntas y esa es una realidad que cada vez se ve más, sobre todo entre las jóvenes. Ahora todo está basado en el matrimonio, en garantizar la herencia, el patrimonio y la propiedad donde se vive. Y en lo sexual, otro tanto de lo mismo: Todo el capital se ha centrado en las nuevas tecnologías reproductivas. Una alternativa comunitaria sería un paso adelante tremendo tanto a nivel social, como sexual. Y con eso no digo volver a la comuna.

Es por eso que, cuando me preguntan si envidio a las nuevas generaciones de mujeres, mi respuesta es rotunda: No, yo estoy encantada con los años que tengo, aunque lógicamente sufro los achaques propios de la edad. Tampoco mi sexualidad es la misma. Es más, tengo periodos en que me pongo un poco mística y si no encuentro nada que me guste, se me olvida que la sexualidad existe. Veo a las jóvenes de hoy y soy consciente de que el cuerpo les da para todo: para militar, estudiar y vivir. Pero lo que es a nivel colectivo, creo que han perdido. No disfrutan de aquellas fiestas que nosotras organizábamos. Las fiestas de mujeres que hoy se organizan, como la *Lady Festa*, o incluso las fiestas del movimiento feminista, son muy formales. No es ese cancaneo que había antes. Es posible que tengan otras formas de ligar, pero…

También me preocupa el mundo que se van a encontrar las mujeres jóvenes: Relaciones monogámicas, forzadas a legalizar su situación de pareja y presionadas a tener niños. Nosotras no buscábamos nada de eso. Es más, el lesbianismo militante combatía todo eso. Las jóvenes no me dan envidia, yo sigo en mis posiciones. No reniego de mi pasado y me parece que volvería a hacer lo mismo.

Bilbao, febrero de 2016

LALA MUJIKA

- **A nivel personal el feminismo fue ese espacio donde podía vivir mi orientación sexual en absoluta libertad**

Yo soy Lala Mujika y nací el año 1959. Es decir, la muerte de Franco me pilló con 16 años, en plena adolescencia, por lo que conocí los últimos años de la dictadura y viví de lleno los años de la Transición. Soy hija de una familia numerosa, de diez hermanos, cinco chicos y cinco chicas. Mi padre murió siendo yo todavía una niña, cuando tenía 7 años. Eso nos marcó a todos y cada uno de los hermanos ya que tuvimos la libertad de tener mayor libertad para desarrollar aquellos proyecto personales que teníamos y sentíamos.

Hasta llegar a Bilbao fuimos una familia bastante nómada que vivió en varias ciudades. Pero fue en Bilbao donde nuestro padre murió y aquí nos quedamos todos. Desde los 6 años y hasta los 16 estudié en un colegio de monjas. No tengo un mal recuerdo de aquel colegio que era sólo para chicas. Pese a que todavía estábamos en pleno Franquismo, las monjas en ningún momento nos educaron con el único fin en la vida de buscar marido, formar una familia con muchos hijos y ser buenas amas de casa. Al contrario, el nuestro resultó un colegio bastante interesante, con unas monjas que nos encauzaron al estudio y a la disciplina académica. De aquellas monjas sí tengo una queja y es que eran muy clasistas. Tenían muy claro que las niñas que iban a ese colegio eran de una clase social económicamente alta y eso lo dejaban notar cada vez que podían. Para mí este aspecto era especialmente penoso porque a raíz de la muerte de mi padre las hermanas Mujika pasamos a ser alumnas que permanecían en el colegio sin pagar y gracias a la caridad de las monjas

---

Hábito como escapatoria al matrimonio

Aquel colegio fue un espacio sólo de mujeres donde por primera vez yo reconocí la atracción entre mujeres. No quiero decir que en aquel momento yo reconociera formalmente aquella atracción, pero viendo las cosas con retrospectiva, ahora puedo identificar a varias de aquellas monjas que sin duda eran lesbianas. Lo digo con total convencimiento, además, de que si aquellas monjas hubieran vivido y ejercido en la actualidad habrían sido condenadas por abuso sexual. Aquellas monjas claramente ligaban con alumnas y no se escondían. Nosotras veíamos y éramos testigos de todo

aquel flirteo. Ahora pienso que muchas de aquellas mujeres se metieron a monjas porque no se querían casar. Aquellos fueron años de matrimonio obligatorio para las mujeres que no tenían acceso a estudios universitarios o a casi ninguna carrera profesional. Estoy convencida de que muchas tomar el hábito como escapatoria al matrimonio.

Con aquellas monjas yo aprendí que había mujeres inteligentes, pues ellas en general también lo eran. Sabían mucho de ciencia, de literatura o de latín. De lo único que nunca nos hablaban era de sexualidad. Pero tampoco puedo hablar como tal de represión sexual. Nunca nos reprimieron directamente, aunque sí que es verdad que más de una alumna, compañera mía de clase, se llevó una buena reprimenda por llevar la falta demasiado corta. Todos los años nos obligaban a arrodillarnos y si el uniforme no llegaba hasta el suelo, te enviaban a casa:

- Dígale usted a su madre que le alargue el dobladillo de la falda.

Por eso digo que directamente no reprimían nuestra sexualidad, porque indirectamente sí lo hacían.

Viendo aquel flirteo que las monjas tenían con algunas de mis compañeras, yo sé ahora que lo que sentía hacia algunas alumnas y hacia algunas monjas era atracción. Pero eso lo pude identificar mucho después. En ese limbo donde no se hablaba de sexualidad, donde el sexo no existía, ni en el colegio ni en la familia, lo de la sexualidad para mí ni existía. Es más, en el colegio yo me movía en un grupo de compañeras que no nos interesaba mucho el flirteo con los chicos del colegio de al lado, que era de los Escolapios. Algunas compañeras sí mostraban interés en los chicos pero yo no me movía en ese entorno.

Lesbianismo sin prejuicios

Realmente no me di cuenta de que me gustaban las chicas hasta que salí del colegio, abandoné la Universidad, dejé el centro de Bilbao y me fui a vivir a Erandio donde tomé contacto con el grupo de mujeres del pueblo y, por derivación, con el movimiento feminista de Bilbao. Ahí es cuando yo me doy cuenta de que me gustan las chicas. Es más, si tuviera que marcar un momento clave en mi vida fue cuando a mis 20 años me dieron a leer un libro: *La pequeña diferencia y sus grandes consecuencias*. Era un libro escrito por una alemana, Alice Schwarzer, que recogía relatos de

muchas mujeres, de muy diferentes contextos y muy diversas, que hablaban de su atracción por otras mujeres. Aquel libro me sorprendió mucho y me abrió los ojos:

- *Yo soy como éstas*. –Me dije.

Yo ya sabía que las lesbianas existían, pero tenía una idea muy preconcebida de lo que era ser lesbiana y no lograba identificarme con esas mujeres. Aquel libro me abrió los ojos porque hizo que identificara y aceptara mi deseo hacia otras mujeres. Gracias a aquellos relatos aprendí que ese mismo deseo se daba en todo tipo de mujeres.

Recuerdo que durante mi juventud el tema de la sexualidad fue algo que de verdad me llegó a preocupar. En Erandio, en aquel grupo de mujeres, con aquellas amigas, aparentemente todas heterosexuales, sólo se hablaba de hombres. Y digo aparentemente porque con el tiempo a algunas les pasó lo que a mí, que *salieron del armario*. Aquellos fueron los años del destape, del descubrimiento sexual, donde todo el mundo empezaba a ligar con todo el mundo y se destaparon todas las libertades. En el grupo pasábamos una noche sí y la siguiente también, hablando de chicos. Era noche tras noche oyendo hablar de chicos y pensando yo que era una especie de minusválida sexual o algo por el estilo. Nunca se me desencadenaba con los chicos ese porrón de emociones, ese enamoramiento que mis amigas sentían.

A mí aquello me preocupaba mucho. Incluso llegué a provocar un medio noviazgo con un chico. Y fue precisamente en esa relación donde yo despierto a la sexualidad, pero no a la sexualidad heterosexual. Con aquel novio me di cuenta perfectamente que yo con los chicos no tenía nada que hacer. En plena faena sexual, cuando se suponía que yo tenía que gozar con aquel chico, a mi mente sólo venían caras de chicas. Ahí me di cuenta de que lo mío no era la heterosexualidad y fue cuando, con 20 años, tuve mi primera relación sexual con una chica. A partir de ese primer encuentro sexual he seguido toda feliz hasta ahora.

Desde que fui consciente de cuáles eran mis deseos nunca viví mi lesbianismo con preocupación. Es más diría que al haber coincidido el descubrimiento de mi homosexualidad, de mi lesbianismo, con el feminismo, lo viví con bastante orgullo.

Feminismo muy practicante

Mi primer contacto con el feminismo no fue en el grupo de mujeres, sino en casa, con mi familia, aunque de un modo nada consciente. Como he dicho antes era hija de

una familia numerosa donde éramos cinco chicos y cinco chicas. Yo, además, fui gemela de uno de mis hermanos, por lo que para mí toda la vida fue un constante comparar lo que él y yo hacíamos o, se suponía, teníamos que hacer. Es decir, desde muy niña fui consciente de que yo, por ser chica, estaba obligada a hacer una serie de tareas en casa mientras que mi hermano, que tenía la misma edad que yo y que estaba en mi misma situación, lo único que hacía era largarse y no hace nada. En mayor o menor medida nos ocurrió lo mismo a las cinco hermanas, por lo que en nuestra casa las chicas nos vimos forzadas, de forma inconsciente, a practicar el feminismo y a exigir a nuestra madre igualdad frente a nuestros hermanos.

Fue una auténtica pelea en casa por hacer que los chicos también se ocuparan de las tareas domésticas. Recuerdo auténticas asambleas donde nos peleábamos con los chicos. Lo peor no era pelearnos con ellos, no eran sus resistencias. Lo peor era pelearnos con una madre que estaba convencida de que las chicas teníamos que hacer determinadas labores y los chicos no. Constantemente a las chicas no imponía determinadas tareas domésticas. Nosotras no queríamos hacerlas, nos enfrentábamos con nuestra madre y ahí estaban los chicos. En mi vida, de los 11 a los 19 años, cuando me voy de la casa familiar, viví una batalla permanente en casa, con asambleas constantes hasta que las chicas logramos que en la cocina hubiera un panel donde se repartían las tareas y los días entre todos los integrantes de la familia. Fuimos muy estrictas con aquel panel porque a las chicas nos interesaba que los chicos se implicaran en las tareas domésticas.

Aquello fue un feminismo muy practicante, muy a la defensiva. A mí, personalmente, me ayudó mucho uno de mis hermanos. Reconozco que ese hermano ha evolucionado mucho, a mejor, en sus ideas sobre el género y la igualdad. Pero cuando yo tenía 16 años me machacaba de forma constante. Yo acababa de entrar en contacto con el feminismo político y más de una vez me tocó correr delante de los grises (Policía Armada) que reprimían nuestras manifestaciones. Llegaba yo a casa con aquellas ideas nuevas que había aprendido en la calle y me encontraba con un hermano que tiraba por tierra todas mis reflexiones. Recuerdo que me sentía incapaz de rebatirle algunas ideas que en aquel momento eran sacrosantas, como que las mujeres no servíamos para hacer un montón de cosas. Esa impotencia y la búsqueda de argumentos para poder rebatir a mi hermano me ayudó mucho a la larga, en la medida en que provocaba en mí una constante reflexión interna que me ayudó a avanzar en el terreno feminista.

El feminismo como espacio paralelo

A la militancia feminista llegué a través del grupo de mujeres de Erandio y Astrabudua. Fue con ellas que contacté con la Asamblea de Mujeres de Bizkaia que resultó para mí un espacio naturalizado, como muy natural. Además, si no todas, la gran mayoría de las integrantes del grupo eran lesbianas por lo que no podía estar mejor.

El movimiento feminista tenía una fuerza impresionante en nuestro territorio. La Asamblea de Mujeres de Bizkaia tenía grupos en todos los pueblos de la provincia y en todos los barrios de Bilbao. A nivel personal nos llenaba mucho y también lo hacía a nivel político y como militantes que éramos. Sin embargo, también es verdad que para nuestra vida cotidiana, para nuestra familia, nuestro trabajo o la escuela, el feminismo era un espacio paralelo, como aparte. Yo no lo viví con mucha contradicción porque para mí el feminismo era el espacio donde podía vivir mi orientación sexual en libertad.

Aquella fue una época donde se reflexionó mucho, donde se leía mucho y se debatía mucho más, donde se ponía absolutamente todo patas arriba, todo lo que en estos momentos no se cuestiona. Esa realidad muchas veces contradecía nuestra propia práctica. En lo personal teníamos muchas ganas de vivir en pareja con nuestra chica, mientras que en el debate teórico-político decíamos justo lo contrario:

- La pareja es mala y hay que destruirla. Hay que ligar con todas.

Eso sí yo lo vivía con mucha contradicción. Eso de que *lo privado es público y lo público privado*, lo llegamos a confundir de tal manera que nos llevaba a contradicciones muy grandes en el terreno de lo personal. Me costó llegar a un punto de encuentro en el que sintonizaran la parte teórica con mi práctica diaria. Aunque aparentemente lo parecía, llegué a la conclusión de que la contradicción no era tal:

- A mí me gusta vivir en pareja –me dije– *y lo que a mí me gusta no hay porque generalizarlo.*

Es decir, llegué a la conclusión de que a nivel general debíamos defender una mayor diversidad: si una mujer quiere con muchas mujeres, su solución son muchas mujeres; si otra quiere dos, con dos; y si la otra quiere con cuatro, pues con cuatro.

En aquella época dentro de la Asamblea de Mujeres de Bizkaia, o como un organismo asociado a la propia Asamblea, se constituyó el Colectivo de Lesbianas Feminis-

tas. Era muy consciente además de que dentro de la Asamblea sí se hablaba mucho de sexualidad, pero poco de lesbianismo. En el Colectivo éramos como medio militantes y medio amigas, en donde todas ligaron con todas, menos yo que nunca ligué con ninguna del colectivo. Ahora me puedo llegar a reír de todo aquello, pero honestamente no sé ni como llegábamos a tener muchas veces reuniones con la tensión que se vivía a nivel personal. Nos reuníamos dos o tres veces a la semana y más de una y de dos se tuvo que reunir con la que, más o menos, dos días antes le había quitado la novia. E igual teníamos que discutir ese día sobre libertad sexual. Se palpaba la tirantez en las reuniones. Pienso o quiero creer que nos ayudaba el hecho de que a nivel teórico defendiéramos que había que romper con el esquema de la pareja. Esa era la teoría y muchas veces más de una se tenía que comer los *marrones* personales en el seno de la Asamblea. Así de duro era.

Estuve cerca diez años en el Colectivo de Lesbianas

Esa época yo la recuerdo como muy interesante y muy bonita. Éramos un grupo de mujeres medio locas que estábamos todo el día en la calle haciendo campañas, pegando carteles y sobre todo haciendo que los grupos de la Asamblea de Mujeres en cada pueblo y en cada barrio pegara nuestros carteles. En los años 80 los carteles de lesbianas llegaron hasta el pueblo más pequeño de Bizkaia, gracias a ese sistema de funcionamiento que teníamos. Hicimos un trabajo inmenso y tengo que reconocer que disfrutamos cada minuto de ese trabajo. Nos reuníamos cada dos días y muchos fines de semana teníamos coordinadoras, tanto a nivel nacional como a nivel estatal.

Con las mujeres del colectivo de Gipuzkoa teníamos nosotras un pique muy especial. Cuando nos juntábamos no hacíamos más que cantarnos canciones. Nosotras cantábamos: *Una gipuzkoana vino a Bilbao, por ver la ría y el mar, y al ver a las bilbainitas, ya no se quiso marchar*. Ellas nos contestaban con otra canción que ahora no recuerdo y en esas reuniones disfrutábamos un montón. Durante diez años organizábamos unas jornadas de debate donde conseguimos juntar a tres mil mujeres lesbianas. Hoy es el día en que tengo amigas de esa época que siguen siendo muy importantes para mí.

Hay un reconocimiento colectivo por parte de todas las mujeres que participamos en el Colectivo de Lesbianas de que fuimos testigos de una época muy importante tanto a nivel personal como colectivo. Fue una época muy interesante para la diversidad se-

xual y para las libertades sexuales de este país. Reconozco eso y reconozco que en eso nos reconocemos.

En Bizkaia el Colectivo de Lesbianas se rompió a raíz de una serie de debates que tuvimos en los años 80 y 90. Por un lado estuvo el debate sobre qué tipos de derechos teníamos que reivindicar como Colectivo, es decir el debate en torno al matrimonio y la adopción, sobre todo. Pero la crisis no se produjo sólo por el debate sobre los derechos colectivos e individuales, también diferíamos sobre cómo abordar políticamente el tema del lesbianismo en la calle. A una serie de mujeres del Colectivo nos interesó tomar contacto con otros colectivos, también con el movimiento gay y en concreto, aquí en Bilbao, empezamos a trabajar con la gente de EHGAM.

Esa actitud de colaboración nos llevó a tener diferentes perspectivas de cómo trabajar el lesbianismo en la calle. A nosotras, a un grupo concreto, nos interesaba hacer más incidencia política, nos interesaba trabajar la solidaridad no sólo entre mujeres y lesbianas, también entre lesbianas, gays, prostitutas, *trans*, etc. No fue posible desarrollar ese trabajo dentro del Colectivo y decidimos separarnos. Fue entonces cuando empezó la andadura de *Agerian lesbianen taldea* como un colectivo que tuvo poca vida pero que existió y empezó la andadura de *Aldarte* que es en donde yo ahora mismo estoy y que ha sido mi gran proyecto de vida.

Jornadas de Feminismo Vacilante

A nivel personal hay cosas de aquellos años de militancia que no puedo olvidar. Es cierto, fueron años duros, muy duros, en algunos aspectos de nuestra vida pero también lo es que de algún modo supimos divertirnos. Cuando empezamos con el feminismo en Erandio y en Astrabudua éramos una panda de locas que hacíamos cosas tan peregrinas como las *Jornadas de Feminismo Vacilante*. Todavía conservo las ponencias que escribimos para esas jornadas. Nos fuimos un grupo de mujeres a Ea, a la playa de Laga. Ahí colocamos las tiendas de campaña y ahí anduvimos en mitad de la playa discutiendo y riéndonos, imitando con toda pomposidad las jornadas feministas. Ese fue un fin de semana para pasárnoslo bien.

Otra vez tres o cuatro integrantes de la Asamblea de Mujeres de Bizkaia nos vestíamos de punkis, imitando a las *Vulpess* (grupo de mujeres punkis que sufrió la censura oficial por su canción *Me gusta ser una zorra*) y una tarde cualquiera de un viernes cualquiera que tocaba reunión de la Asamblea nos presentamos de esa guisa. Todavía recuerdo las caras de estupefacción que nos pusieron todas. Nadie nos reconoció

y alguna nos llegó a decir que nos habíamos equivocado de reunión. Eso era reflejo de lo que éramos en aquella época: Mujeres no muy variadas que resultábamos muy políticas en las maneras de vestir y en las maneras de hacer muchas cosas.

Que diga eso no significa, ni mucho menos, que comparta el prejuicio de que todas las feministas éramos feas y malhumoradas. Lo cierto es que en la Asamblea había mujeres muy guapas y que el aspecto lúdico siempre lo tuvimos muy presente. En los 80 no había noche que no nos cogieran las 2 o 3 de la mañana en cualquier chiringuito de La Villa. Pasábamos horas bebiendo y bailando como locas; tanto que te dabas la vuelta y te quitaban la novia. Personalmente yo soy más de la época de el *Convento*.

Las lesbianas políticas y las otras

En Bilbao hubo más bares donde se juntaban lesbianas, pero no eran específicos para nosotras. *Convento* fue el primer bar dirigido a lesbianas donde nos empezamos a juntar. De hecho en *Convento* nos juntábamos todos los días y todos los días ahí coincidíamos las más políticas, las del Colectivo de Lesbianas, con las mujeres que no estaban organizadas. Nosotras éramos un poco obtusas: el mundo lo dividíamos entre las que estábamos organizadas y las que no. Cuando alguna del grupo de las organizadas ligaba con alguna mujer del otro grupo, aquello era el acabose. Tan así que vivimos como un gran logro que las que estábamos en el Colectivo ligáramos con las otras. Hasta que dimos el salto y logramos fluir, tardamos unas cuantas temporadas.

No resultó fácil dar el salto. Tuvimos que organizar un montón de campeonatos de futbito, donde prácticamente todas las mujeres que pasábamos por *Convento* nos juntábamos en equipos de a cinco para competir. Fútbol y fiestas, esa fue la clave para romper la división entre las organizadas y las otras. Hacíamos muchas fiestas. Esa fue una característica del Colectivo de Lesbianas Feministas, hacer fiestas para mujeres, no sólo para lesbianas. Tuvimos mucha capacidad para divertir a las mujeres, hasta que un día nos hartamos porque siempre nos daban a las mismas cuatro o cinco las cuatro de la mañana barriendo y limpiando y diciéndonos:

- *¡Mira tú qué bien! Todas se han ido a ligar y aquí estamos nosotras limpiando y barriendo.*

Las fiestas las hacíamos en *Txoko Landan*, que ya no existe y que fue un lugar de referencia para mucha gente de mi generación. Ahí íbamos todos los sábados, porque

todos los sábados abrían sobre todo para gays y lesbianas. Nos hacía gracia que los chicos gays desaparecieran del lugar enseguida. Nosotras teníamos una teoría: los chicos gays ligaban a la primera y se iban. Era sintomático. Las chicas éramos las últimas en salir del *Txoko*. Como que a las chicas nos costaba mucho ligar a la primera. La cosa nunca se daba en la primera noche. Podía ser en la segunda o en la tercera noche, pero nunca era *aquí te pillo y aquí te mato*. Hacia falta más *filling* que la mera atracción sexual para que se diera el encuentro. De hecho cuando nos tocaban las coordinadoras nacionales en Bilbao, las navarras sufrían con nosotras. Ellas eran muy directas y se topaban con un rechazo no menos directo:

- Tú ¡qué soez eres, qué directa!.

Y las pobres navarras sólo se habían insinuado: *¿Qué, nos vamos?* El estilo directo de los chicos gays no funcionaba entre nosotras, las lesbianas. Aún hoy es impensable conocer a una chica y esa misma noche pedirle ir a la cama, salvo entre algunas adelantadas y atrevidas.

En este sentido hay que reconocer que las feministas abrimos mucho el paraguas a todo lo que fue la diversidad de sexualidades. Es verdad que trabajamos mucho el tema de la libertad sexual. Pero también es verdad que teníamos una fama de puritanas impresionante. Fama bien adquirida, por cierto, pues por nuestra parte se reivindicaban mucho más las caricias, las miradas y el enamoramiento que el contacto físico específico. Tanto, que muchas veces fuimos groseras con aquella mujeres que quizás eran más físicas, más explícitas sexualmente. ¡Como para olvidar los debates que tuvimos a cuenta de la penetración! Hubo una época en la que para ser una feminista auténtica había que rechazar la penetración. No podemos negar que esa era una actitud puritana y un tanto asexuada por nuestra parte. Tanto nos centrábamos en las miradas, en las caricias, en el enamoramiento y en el amor, que menospreciábamos el sexo por el sexo y el sexo por el placer. Así fue, salvo honrosas excepciones, entre las lesbianas feministas de los años 80.

Bilbao, mayo de 2016